

Huyendo de mí

SALVADOR NAVARRO

algaida



Primera edición: 2015

© Salvador Navarro, 2015

© Algaida Editores, 2015

Avda. San Francisco Javier, 22

41018 Sevilla

Teléfono 95 465 23 11. Telefax 95 465 62 54

e-mail: algaida@algaida.es

ISBN: 978-84-9067-222-8

Depósito legal: SE. 133-2015

Impreso en España-Printed in Spain

Reservados todos los derechos. El contenido de esta obra está protegido por la Ley, que establece penas de prisión y/o multas, además de las correspondientes indemnizaciones por daños y perjuicios, para quienes reprodujeren, plagiaran, distribuyeren o comunicaren públicamente, en todo o en parte, una obra literaria, artística o científica, o su transformación, interpretación o ejecución artística fijada en cualquier tipo de soporte o comunicada a través de cualquier medio, sin la preceptiva autorización.

ÍNDICE

Lunes noche	9
Martes	17
Miércoles	31
Jueves	47
Viernes	57
Sábado	77
Domingo	91
Lunes	97
Martes	109
Miércoles	115
Jueves	133
Viernes	153
Sábado	165
Domingo	189
Lunes	215
Martes	233
Miércoles	249
Jueves	269
Viernes	285
Sábado	309
Domingo	329
Lunes	357
Martes	395

A Montse Muñoz Sobrino, alegría de vivir

LUNES NOCHE

UNA NOCHE MÁS LOS ARGUMENTOS DE CARMELA LLEVARON a Leo a convencerse de que su vida era redonda, a pesar de los tremendos reveses en el estudio y las caricias esquivas de ella al llegar a casa, y se vio, tras una maratónica jornada de trabajo, paseándose a solas una noche helada camino de la galería de Rodolfo; todo ello por no faltar al compromiso de su mujer, que una jaqueca le impedía cumplir, de acompañar a su amigo al cóctel de apertura de la exposición de Julien Schöll, el artista fetiche del galerista.

Ya en Trajano, dio varios rodeos antes de decidirse a entrar, a la vista del ambiente cargado que se adivinaba a través de las grandes cristaleras, pero acabó entreabriendo con desgana las puertas del local, por el que avanzó evitando miradas con el único objeto de hacerse ver por Rodolfo, felicitarlo y brindar rápido para volver a casa, sin contemplar siquiera la posibilidad de que la jaqueca de Carmela pudiera ser ficticia.

Aun apeteciéndole una cerveza, y charla, no era en ese cuadro que se le presentaba para la próxima media hora donde hubiese querido desfogar el estrés de esa semana que acababa de empezar. Le resultaba extraño que Rodolfo hubiese coloca-

do ceniceros ni permitido fumar, de ahí que se molestase viendo a algún que otro invitado haciéndolo a hurtadillas, dejando caer las cenizas en el cemento blanco del *hall* de entrada. Quiso encontrar la mesa de las bebidas antes de que Rodolfo lo acaparase con presentaciones que no estaba seguro de que le fuesen a interesar. Trastear con el móvil en esos casos daba mucho juego para estar y parecer que no. Comenzó a servirse champán, a falta de cervezas, en tanto visualizaba desde el fondo de la sala el encuadre de grandes lienzos coloridos que llamaban a la provocación, excitantes y perversos, muy en la línea del querido amigo de Carmela.

—¡Leo!

Agudísima, esa voz de mujer parecía venir de otro tiempo. Cuando se giró confirmó que así era.

—Virginia, ¡joder! —Leo no sabía qué hacer con la copa, con la botella de champán, torpe por desprevenido e impactado.

Desenvuelta, Virginia se le acercó, le quitó la botella y se le abalanzó con un par de besos. Se miraron sabiendo que había mucha carga en esa escena, que la exposición había quedado en tercer o cuarto plano, que todo podía pasar o no, desbocharse, retorcerse, enmendarse, volatilizarse...

—Estás tan guapo como siempre. Así, canoso, con gafas... Leo, ¡qué alegría!

Sin hablar, paralizado en un acto de dicha inmensa que no permitía distracciones, Leo esperó a que el mundo volviese a recolocarse. Había tanto sexo, tanta sangre joven, se dispersaban tanto sus conexiones interiores como podría haber imaginado de haber previsto encontrar en cualquier instante a Virginia, así, de frente y sin barreras, no esperándolo, carente de reflejos, desprovisto de argumentos estratégicos para preguntar o dar explicaciones. Vio en los ojos de Virginia, que ella

mantenía firmes, a la misma mujer desaparecida de antaño. Dificultaba su mirada el escapar de sus ojos atrapados por los de ella, sólo por comprobar si había canas, arrugas, gestos de madurez que costaba imaginar en Virginia.

Una mano apoyada sin fuerza en su hombro lo bajó a la tierra.

—¿Os conocéis? —preguntó Rodolfo, al tiempo que daba dos besos a cada uno.

Virginia tomó la muñeca de Leo y se permitió contestarle:

—No sé, pareciese que hubiese visto en mí a un fantasma.

Las claves eran duras de escuchar para Leo.

Había habido un gran amor. Se lo decía así. Un gran amor. Uno, único, unitario, aislado, en su vida de mujer completa. Hablaba en pasado, recostada en el reposabrazos del sofá de escay del fondo de la pequeña sala final. Parecía querer solventar en pocas palabras, reducir a cinco minutos el recorrido de esos casi veinte años sin verse.

—¿Por qué me hablas en pasado?

—Porque mi marido murió, Leo.

Trató de disimular, Virginia; un movimiento reflejo, sin embargo, le hizo descubrir a Leo el dolor que había en esa frase rotunda: Un gran amor, un marido muerto.

—Lo siento, Virginia, me veo torpe para reaccionar. —Ella esbozó una sonrisa—. ¿Es reciente su muerte?

Con una chaqueta arrugada de un par de días de viaje, con vaqueros sin planchar tomados a la carrera de la última colada recogida, con las dudas de no saber olerse su perfume, trataba de escuchar con calma preparándose al mismo tiempo para responder a las preguntas que sin duda vendrían.

—Este mismo invierno, en París.

Prefería tener a Rodolfo ocupado, atendiendo a unos invitados de entre los que no quería pensar en encontrar amistades inoportunas que le reconocieran en una conversación aparentemente distendida con esa mujer.

Había una evidencia para él. Virginia no mostraba interés en cuadros ni relaciones sociales, las dos únicas excusas que se argumentan habitualmente al visitar una galería de arte moderno. Apoyado su codo en el respaldo del sofá, meneaba su copa de champán con delicadeza antes de cada sorbo, pareciendo interesada real y exclusivamente en él.

—Imagino que te casarías con Carmela.

Un sonido venido del estómago expulsó un sí en él casi sin impulso. Dolía esa forma directa de afirmar lo presupuesto, como si no hubiera habido más posibilidad que ésa tras el tiempo desde que ella desapareció.

—Sigo con ella, Virginia.

—¿Y sigues feliz?

—Mucho. La adoro.

Virginia clavó una mirada en él cargada de saltos al pasado, mirada que no ve lo físico porque está cubierta por una cortina blanca de llamadas a la memoria. Leo lo comprobó y trató de devolverla a la galería de Rodolfo.

—A ella le encantaría volver a verte.

Virginia sonrió y Leo no supo interpretar si era una sonrisa de desencanto.

Las obras formaban parte de una colección menor asociada a una ya expuesta en la Tate Modern el verano anterior. Había llegado a Sevilla gracias a los contactos barceloneses de Rodolfo, que sabía moverse lo imprescindible para que ese día estuviesen allí las cinco personas claves del mundo del surrea-

lismo hispano y aparecer en los labios de todo el mundillo cultural.

Leo no tenía dudas de la venta de un par de cuadros, aunque no era ése su único fin, siendo el principal objetivo. Tan necesario como vender para Rodolfo era conseguir que el crítico de *El Mundo* viniese de Madrid, o que le hicieran un reportaje para *Spain Warthol*, y los dos objetivos estaban en trámite de conseguirse. Leo lo sabía, lo conocía suficientemente bien como para no dudar de que la noche estaba saliéndole redonda.

De buena gana se hubiese quedado en casa, pero Carmela no se lo habría perdonado. Ahora se enfrentaba a una nueva botella de *Moët rosé* a descorchar ante la sonrisa más relajada de Virginia y se decía que a él también todo le había salido redondo esa noche. Sin embargo, sirviendo esa otra ronda de copas, se bloqueaba intentando encontrar el camino para mostrar al antiguo Leo en esos minutos de gracia que el champán le estaba concediendo. Sacar las carcajadas de otra en la cara ovalada de Virginia, a través de algún gesto que mostrara que él seguía siendo el truhán de siempre, cómico y desvergonzado.

Despoblada, a poco menos de dos horas del inicio del *vernissage*, la galería había quedado sin música y Rodolfo había acaparado el corrillo del sofá, pendiente en todo momento de Virginia, mostrando así a Leo que no acababa de conocerla ni era casual su aparición.

Al ser los años sin verse la unidad de medida, la intimidad entre los viejos amantes duró lo que un suspiro. Habían aparecido conocidos con falsos abrazos efusivos acaparando los minutos con anécdotas irrelevantes, dando margen a Virginia para salir a hacer alguna llamada y a Leo a seguirla con la

mirada, aprovechar para escribir, y no enviar, un mensaje a Carmela para preguntarle por su jaqueca, y plantear cómo hacer para solicitarle el móvil sin parecer demasiado directo.

—¿Y a ti cómo te van tus negocios?

Leo estaba en la inopia mientras descifraba, con el retardo lógico de décimas de segundo despistadas, la pregunta de uno de los amigos de Rodolfo.

—Tu estudio, Leo. Sigues con él, supongo...

—Claro, claro, a estas alturas no voy a cambiar de oficio —respondió con la lentitud suficiente para dar tiempo a que Virginia, aún trasteando su móvil, se uniese a la conversación.

—Lo decía por esta crisis de infarto, como puedes imaginar. La construcción es lo primero que se ha venido abajo y vuestros proyectos han estado muy relacionados con urbanizaciones caras...

Leo cortó una conversación que entraba en territorios que le incomodaban.

—Nuestro estudio está suficientemente diversificado.

—Acabaste la carrera, por lo que puedo adivinar —afirmó Virginia mirándole a los ojos desde su posición de segundo plano.

—Así es. Con años de retraso, pero la acabé.

Las luces apagándose confirmaron que Rodolfo andaba cerrando la galería. Virginia vio a Leo mirar la hora y acercársele.

—No son aún las diez y media —declamó él como propuesta para continuar.

No quería imaginar Leo verse acompañado por Rodolfo, pero no tenía más opción que proponer en voz alta una última copa.

—Estoy cansada —comentó Virginia—. Llevo todo el día con la mudanza.

A Leo le costaba procesar tanta información. La mudanza sería seguramente en sentido vuelta a Sevilla, pero prefería no preguntar. Se hizo un silencio que Rodolfo quiso romper.

—Si hace tiempo que no os veis os vendrá bien una charla, Virginia. Me has hablado tanto de tus años en la universidad que seguro te apetecerá echar un rato con mi amigo Leo. —Dejó la copa sobre una de las mesas bajas y se apartó en busca del abrigo—. Yo sí que me disculpo, pero mañana llevo al aeropuerto a mis colegas de Barcelona a primera hora.

Virginia se acercó a recoger su bolso, tomó el abrigo y acercó decidida su mejilla a la de Leo.

—Ha sido un placer, Leo. Me alegro enormemente de verte tan bien.

Leo quedó petrificado viendo cómo Rodolfo la acompañaba a la puerta y se despedía de ella con un abrazo.

No supo si tomarse el *bourbon* en su sofá o pasarse por el Luisiana. Estaba demasiado excitado como para llegar a casa y soportar la oscuridad total de las migrañas de Carmela. El Luisiana presentaba el inconveniente de su escaso anonimato, por lo que decidió dejar la calle y prepararse la copa con los pies sobre la mesa y la tele sin sonido. Extrañamente fría, no demasiado húmeda, la noche le hacía frente a Leo con olores a años ochenta. Tratando de recomponer el pulso, pensaba en que al día siguiente tendría que reorganizarse para acompañar a Lola al colegio, llamar a primera hora para retrasar la reunión en la Diputación, recuperar los *dossiers* para refinanciar el crédito principal del estudio. Paseaba sin rumbo fijo, buscando recomponer la figura, sin saber si estaba enfrentando una revolución interior descontrolada. Dejó a un lado el Luisiana y subió a casa. Sin hacer ruido colocó los zapatos en la entrada y se asomó al cuarto de su hija, quitó de encima de la cama sus cómics

y se sentó en el hueco que dejaba su regazo de niña en posición fetal.

Al llegar a su habitación ya estaba desnudo y Carmela dormía bocarriba. Se acercó a ella sabiéndose frío. Muy poco a poco fue aproximándose hasta que Carmela, de forma instintiva, lo acurrucó.

MARTES

SORPRENDENTEMENTE, CARMELA LE APAGÓ EL DESPERTADOR y le susurró que siguiese durmiendo un rato más.
—Yo me ocupo de Lola.

Le dijo que estaba bien, algo inhabitual cuando la jaqueca atacaba tan fuerte. Verla entrar y salir de un baño con las luces encendidas era impensable en ella cuando las migrañas atacaban fuerte. Se agarró a la almohada que ella dejó libre y se durmió respirándola, oyendo en la penumbra de sus sueños las rotaciones obligadas del hombro de titanio de Carmela.

Enrique lo recibió en el estudio con la cara desencajada. El director de Caja Madrid los había llamado para ahorrarles un viaje en taxi. El crédito estaba denegado. Era el peor de los escenarios posibles, aunque Leo le insistió en que no había que caer en el pánico. Tenían un remanente para pagar las próximas nóminas. El único inconveniente era que no podrían renovar el contrato de Alicia.

—Esa chica es una máquina.

—¿Y qué hacemos, Enrique? Yo no puedo meter a Carmela en más riesgos, y lo único que me queda es rehipotecar la

casa. —Leo hizo el papel de pensar lo que tenía más que reflexionado—. Hay una sola opción con Alicia, y es hablar claramente con ella. —Leo medía las palabras, al sentirse escrutado por Enrique—. Decirle que su continuidad depende de que nos concedan el proyecto de rehabilitación de Dos Hermanas.

Sonaba a chantaje y así se lo hizo saber su socio, aunque con la boca pequeña.

—Hay veces en que no hay más remedio que ser crudo, Enrique.

Alicia era una mujer y tenía armas que ellos dos nunca podrían utilizar para convencer al consejero delegado de la fundación de que el palacete del Rosellón quedaría en buenas manos de tomar ellos las riendas. Decidieron dejar pasar la semana antes de hablarlo con nadie. Tantearían una última vez el entorno de aquella organización antes de implicar a Alicia o meter más presión dentro de la empresa.

La mañana pasó con la lentitud que suelen hacerlo aquellas en que nuestra mente está lejos del cuerpo. Trazó en su ordenador todo tipo de estructuras que no servían para nada, aunque a cambio le permitiesen permanecer aislado de reuniones y corrillos de café. Salió media hora antes de lo habitual dispuesto a llegar al mercado del Arenal y comprar lo necesario para la crema de calabazas que volvía loca a Carmela. Le envió un mensaje para evitar que organizase otros planes lejanos a él. Tenía tiempo de sorprender a Lola a la salida de clase y preparar así con ella el almuerzo con una copa de vermú al baile que su hija propusiera. No era día de telediarios. Debía enfriar uno de los verdejos que esperaban desde Navidad en la cava, convencer a Lola de que se ocupase de adornar unas bolas de helado con frambuesa; tenía que sacar de Carmela una sonrisa sentida.

Carmela encontró la mesa dispuesta, la música de La Quinta Estación a todo volumen, un marido achispado y una hija dando botes en el sofá.

—¿Qué ocurre aquí?

Leo mostró el cazo con su crema naranja lanzándole un guiño desde su cuerpo grandullón, no pudiendo Carmela sino desinflarse con una mueca de complicidad en el sofá.

—Vengo muerta.

Lola paró en sus saltos, Leo puso el fuego al mínimo y bajó el volumen de la música. Abrió una lata de aceitunas negras, rebuscó con premura un palillo de dientes, vertió dos dedos de Martini en una copa piramidal y se acercó al sofá, bebiendo en la frente, desde atrás, la cara cansada de su mujer.

—Eres adorable, cariño.

Los arrumacos de sus padres permitieron a Lola robar la aceituna del vermú.

—¿Llegaste muy tarde anoche?

—No recuerdo, Carmela, pero no debía ser pronto porque las dos estabais ya acostadas.

Miró a las dos, creyendo observar un gesto de complicidad entre ellas. Colocó el puré en tres boles, puso los coscones de pan frito en un plato sopero y cortó con cuidado dos huevos duros. La ensalada ya estaba en la mesa. Dio un último sorbo al Martini. A Lola le había pedido no encender la tele y ocuparse de mantener una música tranquila. La niña se colocó la base del Ipod al lado de los cubiertos, pasando divertida de un artista a otro, obsesionada por evitar el silencio. Leo se sentó a la mesa.

—Me extrañó verte levantada tan pronto esta mañana. Tenía pensado acercar yo a Lola a clase.

—Me atiborré de pastillas anoche y, por una vez, hicieron un efecto milagroso.

—¡Bien está aunque llegue tarde! Apunta bien la combinación de pastillas para otra vez...

Notó que Carmela quería cambiar rápidamente de tema.

—¿Qué tal anoche?

Dudó si contar a la primera, si esperar a que ella preguntase. No había duda de que dejarlo para más adelante podría llevar a equívocos.

—No te imaginas a quién me encontré en la galería —dijo, dando un sorbo a la última cucharada naranja, ya templada.

Limpiándose con la servilleta, Carmela movió la cara a la espera de respuesta.

—¡A Virginia, Carmela!

Vio que ella abría los ojos grandes, grandes de interrogación o de sorpresa, o de nada de eso, o de terror al cambio; grandes, teatrales o sinceros.

—Virginia... la del ático de la calle Betis, la de los ojos achinados, la...

—¡Sé perfectamente quién es Virginia, Leo!

Sin saber de quién hablaban, Lola bajó instintivamente el volumen de la música. Hiciese lo que hiciese, Leo pensaba que le costaría salir indemne de esa conversación.

—Pregúntale a tu amigo Rodolfo, es él quien la invitó a la inauguración. A ver si a estas alturas vas a pensar que...

—¿Vive en Sevilla?

—No sé nada, Carmela.

—¿No hablaste con ella?

—No a solas. Sólo sé que está de mudanza, que se le murió su marido, que sigue igual de borde...

—¿Borde? Esa niña era encantadora, Leo. —Carmela comenzó a recoger los platos, pareciendo reflexionar sobre el siguiente comentario, mirando de reojo la reacción en Leo—. Así que se casó...

—No me hagas caso. No sé si habló de marido o simplemente de un hombre con el que estuvo. «¡Mi gran amoor!» —gritó Leo imitando la voz aguda de Virginia.

—Vaya, pues eso te aliviaría, porque de haberlo sido tú... tendrías que estar muerto.

Incluso Lola comprendió que ése era un golpe bajo de su madre. A su edad ya comenzaba a distinguir cuándo se hablaban de resquemores pasados, se echaban en cara reproches o se guiñaban con frases definitivamente eróticas.

—No quise decir eso.

—Dicho está. —Tomó Leo la botella del vino blanco y los vasos, que dejó en el fregadero—. Me voy al despacho.

—Creí que te quedarías esta tarde en casa.

—Yo también lo creía. —Le dio un beso a Lola y otro a Carmela—. Pero no me apetece.

Cerró la puerta, sin más, queriendo haber dado un portazo.

No tenía intención de volver al trabajo, ni le apetecía patearse la ciudad. Miró a un lado y otro de la acera al salir del portal. Vio un kiosco y pensó en comprar el periódico, tampoco le apetecía. Tomó el móvil, rebuscando a quién llamar. Se acordó de Alberto, pero sabía que dormía siempre a esas horas. Lo apagó. Pensó que lo más maduro sería sacar las llaves, volver a casa, dar un nuevo beso a sus mujeres, pedir la venia para una siesta a oscuras. Estaba, sin embargo, hastiado de ser maduro. Tiró hacia el centro, iría de compras para gastar el dinero que no tenía en regalos para sí mismo, meditaría si Carmela merecía algún detalle, se recorrería las calles buscando un sentido a cada frase de Virginia.

Encontronazos de miseria cuando te cogen desprevenido, con la ropa sin tender. Tal vez también en Virginia sus prendas estaban sin recoger, los pasos andaban cambiados, los

proyectos de futuro frenados. Pero ella apareció radiante para decirle de frente: aquí estoy yo, en la galería de arte de vuestro amigo, maquillada, maqueada, con sonrisa de anuncio de pasta de dientes, descarada, directa, seductora, ¡viva!

Y a él no lo vio reír de forma franca.

La tranquilidad de esas horas de la tarde por el centro de la ciudad permitía pasearse sin demasiados ruidos. Entró por la Puerta Osario hacia la Encarnación. Dio la vuelta obligada en él a las obras de la plaza. No era gran cosa lo que les habían subcontratado, si acaso un cinco por ciento de los accesos al que sería el mercado de abastos más vanguardista de la ciudad; sin embargo, los nervios se aceleraban siempre al llegar.

¿Cómo podría hacer para dar con Virginia?

Sin esperarlo, vio a Vlado merodeando por las obras. Una ola de satisfacción recorrió el camino entre su estómago y su cabeza. Le hubiera gustado estar allí con Enrique, para que confirmase su apuesta arriesgada por ese esloveno.

—¡Vlado!

Por su forma de girarse, parecía que lo hubieran descubierto haciendo algo que no debía. Cuando comprobó que se trataba de Leo sacó una sonrisa abierta.

—¡Leo!, buenos días.

—Tardes, querrás decir. —Vlado se rio, rascándose la calva—. ¿Qué haces a estas horas por aquí?

—Me tuve que ir media hora antes por recoger mi mujer de médico, y quería ver que habían dejado todo en su buen sitio.

—¿Un café?

—Claro.

Como en toda pequeña empresa cuya carga de trabajo fluctúa en función del mercado, los pedidos, los concursos públicos y las subvenciones, el capital humano se antojaba para

Leo la base para darle al estudio continuidad en el tiempo. En Vlado encontraron al jefe de obra idóneo. Tuvo la suerte de presentarse en el despacho de Leo el mejor día posible. Con un castellano incapaz de distinguir los femeninos de los masculinos, le dijo con cierta brusquedad que él era el hombre que necesitaban para no desviar un euro de los presupuestos que se fijasen como objetivos. Por un obrero de su país que trabajaba para ellos, Vlado sabía que habían acabado mal y en poco tiempo, con dos jefes de obra. Él cogió su viejo Twingo, su mujer y su hijo, se recorrió en día y medio la distancia entre los suburbios de Liubliana y Sevilla, y llamó a la puerta del estudio.

Tener a pie de obra una persona de extrema confianza era fundamental para una empresa de este tipo. Los sucesivos fracasos en este puesto en una época en que la construcción era el cordero de oro hicieron a Leo apostar por Vlado, al que siguió muy de cerca en las primeras semanas hasta comprobar que podía quedarse perfectamente tranquilo respecto a su tenacidad; era un hombre recto.

—No quiero que pienses que he venido a vigilar la obra, simplemente pasaba por...

—No tienes explicar cosas, Leo.

—Lo sé, pero nunca está de más.

Vlado quiso saber si lo estaba entreteniéndolo, inquieto de ver la cafetería llena y nadie que los atendiese.

—En absoluto, Vlado. He salido de casa por quitarme un rato de en medio. Ayer encontré a alguien que hacía mucho tiempo que no veía y estoy un poco tocado.

—¿Tocado?

—Perdido...

—¿Es una mujer que encontró usted?

—Sí, una mujer.

—¿Amor antiguo?

—Sí, un antiguo amor. Nada importante. —Vlado lo miró, directo—. Claro, sí, sí... si ando perdido es porque algo pasa. Pero tú sabes, yo con Carmela estoy muy bien. La adoro y eso creo que se transmite. Nuestro amor se transmite, ¿no, Vlado?

—Carmela es mujer maravillosa.

Leo quedó reflexionando unos instantes con esa respuesta más gallega que eslovena. ¿Realmente podía no verse desde fuera que ellos eran una pareja auténtica, de las de amor pleno, de las que no quedan? Sacando una sonrisa de las que desmadraban a Vlado, Leo le golpeó en el muslo, esquelético.

—Has venido varias veces al campo a comer con nosotros, Vlado. ¿Cómo ves mi relación con Carmela? Una visión objetiva, desde fuera. Sé sincero.

—Los dos veo muy bien, Leo.

Con el café ya servido, Leo cayó en la cuenta de que quizás era él quien estaba haciendo perder tiempo a su amigo capataz.

—¿Cuánto tiempo llevas tú con Marija?

—Desde 20 años.

—¿Desde que tú tenías 20 años?

—Sí.

—No hubo ningún amor anterior, entonces...

—Sí ha tenido amores otros, Leo.

Vlado miró inconscientemente el reloj.

—Debo ir, Leo. Marija quiere visitar Ikea antes cierre.

No pudo saber en ese instante Leo si los amores de Vlado cambiarían su percepción de él, o de su relación con Marija, o de los equilibrios de su mundo personal. Lo abrazó, sin saber por qué, en un gesto extraño en él.

Cruzó el centro y se dirigió a la Alameda. Quería saber qué había en cartelera, pero no encontró nada que lo motivase lo suficiente para meterse en una sala. Aún tenía tiempo de pa-

sarse por el estudio y sacar de allí a Enrique con una cerveza, pero no le apetecía hablar de trabajo, algo imposible de conseguir con él. Tal vez Alicia sí se tomaría una, y dos cervezas. La conversación de esa mañana, en cambio, hacía más prudente no involucrar más a una chica que estaban pensando en despedir.

Con el rabo entre las piernas, Leo giró por Peris Mencheta de vuelta a casa.

Olía a Nocilla y eso le hizo pensar que estaba desubicado en cuanto a la duración de la tarde. Vio cómo Lola tomaba su merienda al entrar en la cocina.

—¿Y lo más bonito de mi casa?

Ella se dejó dar un achuchón por su padre mientras le explicaba que Carmela llevaba ya un rato fuera.

—¿Te dijo dónde iba?

Lola se encogió de hombros. Dio un último bocado a su tostada pringosa de Nocilla y le guiñó un ojo a su padre que casi le derrumba.

—Ha llamado una mujer preguntando por ti.

—¿Una mujer?

—Sí, una mujer con una voz de pito impresionante...

«¿Está Leonaaaardo?».

Leo se rio tratando de recordar si la voz de Virginia se podría calificar como voz de pito. Pensaba que sí, ¿o no?

—¿Ha dejado algún teléfono?

—No. Pidió perdón y colgó. No preguntó nada más, papá —dijo con voz desganada.

—¿Por qué me hablas con ese tonito, Lola?

—Porque no preguntó nada más. Colgó y ya está.

Leo buscó su móvil: tenía dos llamadas perdidas. El problema de colocarlo en su chaquetón en silencio. Las dos procedían de un número desconocido. Miró el reloj, hacía diez minutos de

la última llamada. No quiso preguntar a su hija, que se marchaba a su habitación, cuándo había sido esa llamada, o si Carmela estaba aún en casa cuando se produjo. Tomó un yogur y se fue a la habitación de su hija, que tenía la puerta entreabierta. La luz del flexo indicaba que estudiaba o pretendía hacerlo.

—¿Se puede?

—Claro.

Sentada en el taburete de su mesa, Lola no hizo gestos de hacer caso a su padre, que se terminó el yogur sentado en la cama. Luego se tumbó, como le gustaba hacer esas tardes tontas en que se permitía no pasarse por el trabajo.

—¿Qué estudias?

—No estudio, hago deberes.

—Jejeje... a eso le llamo yo estudiar, Lola. Estudiar no significa memorizar, al hacer deberes se estudia.

—Pero si tú me hablas no me entero de nada.

—¿Te molesto? —le preguntó con los ojos abiertos, poniendo cara de payaso.

—Si estás callado, no.

—¿Y si hago de tortuga? —preguntó Leo cambiando la voz.

—¡Calla! ¡No me gusta que pongas esa voz!

—¿Y si te cuento un chiste? —insistió, volviendo a su voz natural.

Lola, diez años de niña despierta, padraera y cariñosa, se giró con la nariz moqueando para confesarle, llorosa:

—¿Puedo contarte un secreto?

Leo casi se cae de la cama tratando de incorporarse en busca de su hija, que sacó una media sonrisa con el resbalón de su padre. La cogió en brazos y la sentó en su regazo. Comprobó que tenía la libreta de los deberes sin abrir y había Nocilla por todos lados.

—Tu padre será una tumba, por muchas torturas que me haga el enemigo nunca soltaré palabra de lo que me diga Lola Delgado Rojas —declaró con voz impostada—. Así muera en el intento.

—Papá... —dijo Lola mandándolo callar, tapándole la boca con sus dedos de chocolate.

Con la habitación a oscuras y la niña en su regazo, Leo quedó callado, temblando, esperando lo peor. Unos tocamientos de un profesor, que se le hubiera adelantado la regla, que alguien le hubiera dado droga...

—El otro día cuando llegué a casa, mamá no se dio cuenta de que había llegado, porque pensaba que yo ese día tenía inglés, pero lo habían suspendido.

«Un hombre, lo cogió en la cama con otro hombre»... a Leo le pasaba media vida por la cabeza.

—La oí llorar muy fuerte.

—¿Llorar con quién, Lola?

—Con nadie, por teléfono... —Leo suspiró, feliz y asustado, de no saber qué decir—. Lloraba tanto, tanto... que me asusté mucho. No me atreví a entrar en vuestro cuarto.

—Ok, enanita. —Sabía que a Lola ya no le gustaba que la llamase así, pero entendería que estaba disculpado—. ¿Con quién hablaba?

—Con una mujer. Creo que con una amiga.

—¿No averiguaste por qué lloraba así?

—Noooo, papá.

Comenzó la niña a llorar a moco tendido, agazapada en el pecho de su padre, tal vez temerosa de una repentina aparición de Carmela.

—Cálmate, no vaya a venir mamá y te encuentre así.

Esa frase le sirvió para cortar de raíz su congojo.

—¿No sabes de qué hablaron?

—No, papá, yo me asusté tanto que entré llorando en la habitación. Mamá colgó de golpe y me preguntó qué hacía en casa. Me preguntó qué pasaba con el inglés, yo le dije que no había, me preguntó qué había oído, le dije que nada. —Lola se atragantaba con sus mocos—. Se enfadó conmigo. Me gritó que no debía contarle nada a nadie. Ni en el colegio ni a ti.

—Tranquila, Lola... mi niña. No es nada. Me creí que pasaba algo más grave... Shhhhh... no te preocupes, no es nada. Simplemente mamá está muy triste con lo del abuelo, el accidente con su brazo, que le duele mucho... eso es todo. No pasa nada más.

—Prométeme...

—Ya está prometido y archiprometido. Palabra de papá, Lola. Palabra de papá.

Cuando Carmela llegó, Leo estaba enjabonando a Lola en una bañera llena de espuma, con el radiocasete a todo volumen y música de Hannah Montana. Él supo forzar las risas cómplices en su hija para ambientar la escena más conveniente para su mujer, que se asomó un buen rato al quicio de la puerta del baño para verlos payasear, antes de plantarse frente a la nevera para ver qué idear esa noche. La cena pasó rápida entre telediarios y vinagras. Lola cayó redonda en el sofá mientras Leo terminaba de apurar sus gajos de mandarina. La acercó a su cuarto a peso, sin saber si se hacía la dormida. Se hizo un hueco, como cada noche y esperó un rato a oscuras. Le dio un beso y volvió al salón.

Con papeles en su barriga, las gafas puestas y la televisión a bajo volumen, Carmela leía anotaciones del trabajo tumbada en el sofá. Su té verde al lado, la bolsa de polen preparada. Nada diferente. Dando vueltas a la estantería, Leo buscó alguna lectura fácil que le permitiese parecer ocupado esa noche.

—¿Qué hiciste esta tarde, Leo?

Con las gafas bajadas, Carmela lo interrogaba en son de paz.

—Estuve con Vlado en la obra.

—¿En la Encarnación?

—Ajá.

Quizás necesitaba algo más de combustible para arrancarse a hablarle de él, de la conversación de esa tarde, de tantos años que llevaba con Marija; pero todos los caminos lo llevaban a territorios que no le apetecía visitar esa noche.

—¿Cómo va tu brazo, gorda?

—Como siempre.

—Sigues sin moverte de postura en toda la noche.

—Rabio de dolor si me apoyo en el hombro derecho.

—¿Y el resto del día?

—Las preocupaciones me ayudan a olvidarme del dolor.

—¿Qué preocupaciones son ésas?

—El trabajo, la niña, la casa, tú sabes...

—Ya... —Leo cerró la revista de motos que tenía entre las manos—. Ese hombro se irá adaptando a tu cuerpo poco a poco. Te volverás como la mujer de Terminator y querrás ponerte más articulaciones de titanio, Carmela.

Ella sonrió, se colocó las gafas de nuevo y dio un sorbo al té. Leo volvió a la última Suzuki 1000 queriendo decirle que lo despertase por las noches si sentía dolor, que él se cambiaría de postura si fuese necesario, que le pasaría el brazo por debajo del cuello, que la agarraría si eso la calmara, que besaría su hombro, el brazo entero, el cuello, sus pelos largos, su tripa y el *piercing* de su ombligo durante toda la noche si hiciera falta, mientras sentía el ruidillo de plástico arrugado que precedía a la construcción nocturna, artesanal e imprescindible del pitillo de Carmela. Fue cerrando los ojos pensando que mañana olería ese mismo perfume de maría mientras se hacía el café, y que no habría nada que pudiese hacerle renunciar a ello.